

# MARÍA ZAMBRANO ANTE LAS RUINAS DE LA CIUDAD

ANDREA LUQUIN CALVO  
Universidad de Valencia

RESUMEN: el presente artículo retoma la problemática de la *ciudad*, como construcción política clave en la literatura de la filósofa española María Zambrano, para enlazarla con los planteamientos de la filosofía política de nuestros días. Los significados que en diferentes textos la autora atribuye a la ciudad nos permiten encontrarnos con una teoría que marca su nacimiento como lugar de revelación y cuidado de lo humano, así como su destrucción ante una razón instrumental que prepara a sus habitantes para ser suprimidos si la marcha de la historia lo exige. La ciudad, en manos de un poder soberano que se rige bajo la lógica de la dominación y el control, se convierte en un espacio inhabitable. Ante este paisaje en ruinas, Zambrano propone la idea de una ciudad nueva cuyo corazón formado por la *persona* y la *democracia* permita su resurgimiento, como espacio de proyección, creación y cuidado de la libertad de cada uno de sus habitantes.

PALABRAS CLAVE: ciudad, ciudadanía, modernidad, razón instrumental, democracia, persona, soberanía, *nuda vida*.

## *María Zambrano in front of the Ruins of the City*

ABSTRACT: This article purports to elucidate the meaning of the *city*, in the political literature of the Spanish philosopher María Zambrano in the context of modern political philosophy. The meanings about the different roles played by the city in the philosophy of Zambrano, shows a theory that points to its origin, as a place of revelation and human care, and its destruction by an instrumental reason that prepares people to be removed if history demands it. The city, in hands of a sovereign power that rules under the logic of domination and control, is uninhabitable. Zambrano proposes the idea of a new city whose heart is conformed by the person and democracy, so that it could allow for reappearance of the city as a creation, as a space of projection and care of the freedom of every of its habitants.

KEY WORDS: city, citizenship, modernity, instrumental reason, democracy, person, sovereignty, *nuda vida*.

## I. INTRODUCCIÓN

*La ciudad es lo que más se acerca a la persona, a ser a modo de una persona o al modo de la persona, en la vida histórica. Tiene figura, rostro, fisonomía lo que el Estado se afana por tener.*

(MARÍA ZAMBRANO, *Un lugar de la Palabra: Segovia*.)

*La ciudad se modula entre cielo y tierra revelándolos a los dos, poniéndolos en relación, conjugándolos. De ahí la tristeza de la mayor parte de las extensiones urbanísticas de hoy que son simples conglomerados donde el hombre se aloja, pero no puede albergarse. Pues que no se vive en una casa sino en una ciudad. Y esto: que el hombre viva en una ciudad ante todo y no solamente en una casa, parece ser que se haya olvidado.*

(MARÍA ZAMBRANO, *La ciudad, creación histórica*.)

Para María Zambrano, pocas cosas hay en la historia humana que tengan más carácter de creación que *la ciudad*<sup>1</sup>. De entre las estructuras humanas de

---

<sup>1</sup> ZAMBRANO, MARÍA, «La ciudad, creación histórica», en *Aurora. Papeles del Seminario María*

convivencia, la ciudad ha sido el lugar por excelencia, donde las creaciones del espíritu humano se han originado, donde el ser humano, para la pensadora, busca construir un lugar que le ampare y proteja. Por ello, «la ciudad tiene su especial alquimia», nos dice la filósofa, pues «... no es sólo historia, sino lugar de algo que la engendra, lugar de algo que aunque forme, como todo, parte de la historia, lo hace en un momento especial sobrehistórico, metahistórico»<sup>2</sup>. La ciudad debe entenderse de esta manera como un fenómeno vivo que conforma el espacio que permite la aparición de ese *quién* que somos en el mundo, bajo un conjunto de creaciones y significados que dan paso a nuestra existencia. La ciudad puede ser así capaz de otorgar una libertad al ser humano que solamente puede surgir, precisamente, en la pertenencia a *la polis*, como garantía de protección y cuidado bajo su trazado. La ciudad se nos presenta como un lugar para habitar, ordenar, cuidar, disponer y preservar esa libertad que es, en palabras de Zambrano «... un postulado de la *civitas*, del conjunto organizado de hombres regulados por un orden inteligente y no sometido al imperio de la fuerza»<sup>3</sup>.

Ante este paisaje, es fácil entender que quien está privado de la pertenencia a una ciudad, queda privado de lo que permite conocerle como humano: aquel que no es ciudadano, que no pertenece a la ciudad, pierde ese soporte que le permite actuar libremente. En este sentido, recordemos que para la pensadora Hannah Arendt es necesario tener un *status político*, tener un lugar en el mundo a partir del cual hablar y narrar la vida, su sentido, para poder dar respuesta al *quién* que somos. Ese lugar es la *ciudad*, la *polis*. Pero hoy, nos encontramos con que el corazón de la ciudad se rompe, cae en ruinas, pues aquellos que la habitan pueden no ser ya sus ciudadanos, careciendo de derechos y de sostén. La visión de un sujeto apartado de la ciudad, sin un *status político* que le proteja, aparece ante nosotros. Esa terrible imagen de ciudades que ya no son, que niegan al ser humano ese lugar elemental desde el cual proyectarse en el mundo, llena la obra de Zambrano para dibujar lentamente la imagen de un mundo que se nos escapa.

---

Zambrano, n.º 3, Barcelona, 2001, pp. 140-141. Artículo publicado en *Semana*, Puerto Rico, 22 de abril de 1964. En este sentido, la ciudad no debe de limitarse a entenderse, para Zambrano, como mero Estado, pues han existido ciudades que han sido a la vez Estados o sedes de reinos.

<sup>2</sup> Cuando habla de la ciudad de Segovia en ZAMBRANO, MARÍA, «Un lugar de la palabra: Segovia», en *España sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994, pp. 163-182.

<sup>3</sup> ZAMBRANO, MARÍA, *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, edición a cargo de Jesús Moreno Sanz, Siruela, Madrid, 2004, p. 56. Texto tomado de «Mujeres», publicado en *El liberal*, 26 de julio de 1928.

## II. ORIGEN DE LA CIUDAD IDEAL

*Porque la ciudad donde hemos nacido, crecido, donde quizás han nacido también nuestros antepasados, es la matriz, la madre que nos nutre y sustenta aún sin que nos demos cuenta de ello.*

(MARÍA ZAMBRANO, *La ciudad.*)

*La polis podría haber dicho a su ciudadano «de que seas un hombre depende mi existencia».*

(MARÍA ZAMBRANO, *Persona y Democracia.*)

La constante referencia a la ciudad como espacio radical de convivencia humana en la obra de María Zambrano es un hecho que no puede ignorarse, más aún si lo relacionamos con los actuales planteamientos de la filosofía política que se enmarcan dentro de las problemáticas de la ciudadanía y el desencanto político de los ciudadanos de la *polis*, quienes ya no ven en el trazado de su ciudad el lugar que pueda protegerles. El final de la ciudad, *la ciudad ausente*, es vivido por Zambrano en la guerra y el exilio: el abandono y la condena de miles de seres por las leyes de la ciudad son rasgos que se presentan constantemente en sus escritos y que conforman, en su conjunto, una particular visión sobre la democracia que parte de la pregunta sobre su origen y el fin que su orden supone.

María Zambrano se pregunta por el origen histórico de la ciudad, por el secreto resorte que mueve su organización. En un principio, el espacio de la ciudad se mezclaba con la magia y el pensamiento religioso: su orden se encuentra configurado de acuerdo a la divinidad y, en ese orden, sus habitantes obtienen el sentido de su vida y sus acciones. De esta manera, para Zambrano «la ciudad antigua era un espacio sacralizado, una especie de expresión de un voto, es decir: de una fe y de un amor... Era la ciudad ante todo un templo... lugar donde el hombre por el solo hecho de estar en él, se siente entre cielo y tierra, en su sitio; en el lugar del hombre en el cosmos...»<sup>4</sup>. En un principio, nos cuenta Zambrano, el sujeto inmerso en un universo sagrado, sólo cuidaba de conservar el orden divino en la tierra, un orden del cual se sabe parte, un orden «dado». Pero este equilibrio otorgado por la divinidad se fue rompiendo conforme el ser humano proclamaba la suficiencia de la razón. A medida que los dioses se pierden en el horizonte, la razón busca dar sentido a ese vacío de orden y sentido dejado por la divinidad, bajo la promesa de crear por sí misma un orden que permita la realización del ser humano. La autonomía humana, que abre el horizonte para crear y crearse a sí misma, busca encontrar de ese modo en *la historia* el lugar donde se cifre la realización de las promesas de progreso para el ser humano. De esta forma, si en un principio los dioses daban orden y sentido al mundo humano, al separarse de ellos, el sujeto se lanza a la búsqueda de esa morada

<sup>4</sup> ZAMBRANO, «La ciudad, creación histórica», en *Aurora. Papeles del seminario de María Zambrano*, op. cit., pp. 140-141.

que debe ser construida y creada por su propio esfuerzo y voluntad con el fin de proyectar en ella sus anhelos de creación en el mundo.

La pensadora malagueña considera que *la ciudad moderna* surge como deseo de la añoranza de la creación y conquista de la *ciudad de Dios*, ciudad de justicia y paz sobre la tierra. Este significado de la ciudad divina en la historia fue propuesto, según Zambrano, por San Agustín, para quien la ciudad de Dios «... es la ciudad eterna que se opone a la ciudad de los hombres, es la ciudad donde mora la verdad, pero el corazón europeo se ha enamorado de ella y quiere realizarla. La quiere edificar aquí abajo, en el tiempo»<sup>5</sup>. De esta manera, occidente fundó la historia y la ilusión de la construcción de la ciudad Dios<sup>6</sup> en ella. La ciudad de Dios se revela como el motor y la finalidad de la historia, pues es la ciudad eterna donde mora la verdad, donde la historia ve cumplidas todas sus promesas, donde todo proyecto humano se ha hecho efectivo. Es su imagen la que se encuentra en el horizonte de ese futuro *por-venir* de progreso, en su materialización en la tierra, en nuestra *ciudad ideal*, por ser idea de aquella ciudad divina que «... actúa de dos maneras: como nostalgia y como esperanza. Como nostalgia es deseo de retorno al “paraíso perdido” ... como esperanza es la institución de algún reino en la tierra, justicia, felicidad, paz o hartura, y ha informado de su acción...»<sup>7</sup>.

La concreción de los ideales modernos de igualdad, de libertad y progreso se identifica en una ciudad siempre ideal, un espacio construido por el orden humano que se encontraba, allá en el horizonte, como luz que guiaba sus acciones. Es el imán que atrae con su fuerza la organización de la ciudad real sobre la tierra. Se trataba así de una ciudad que había que alcanzar, sea como fuera, aunque ese horizonte fuese, como veremos, inalcanzable. Por ello, la ciudad de Dios «se alza sobre el horizonte de todas las ciudades y se eleva entre nubes como trayendo a la ciudad real hacia sí *poniéndola en pie y a veces en llamas*»<sup>8</sup>.

### III. LA CIUDAD REAL ENVUELTA EN LLAMAS

*La esperanza fallida se convierte en delirio. Y un delirio de la luz era para sus ojos, para su alma, la presencia de aquella ciudad, que había llevado en imagen y en nombre en su corazón, esa ciudad donde yo tenía un poco de tierra propia.*

(MARÍA ZAMBRANO, *Delirio y Destino*.)

La ciudad ideal, que desea construirse en la historia, es concebida como un espacio capaz de proteger a sus habitantes. Por ello, su forma más perfecta es

<sup>5</sup> ZAMBRANO, MARÍA, *La agonía de Europa*, Madrid, Trotta, 2000, p. 83. Por ello, el nacimiento de Europa se revela en la obra de este filósofo medieval, pues para Zambrano, «la Historia misma se confiesa en él». *Ibid.*, p. 65.

<sup>6</sup> Por eso para María Zambrano, Europa propiamente nace con San Agustín.

<sup>7</sup> ZAMBRANO, *La agonía de Europa*, op. cit., p. 84.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 83. Las cursivas son mías.

*la democracia*. Para la pensadora, la ciudad nace cuando el individuo adquiere conciencia de sí como tal, como individuo, pero también como parte de una colectividad, es decir, cuando adquiere conciencia de la *res publica* en la que, al crearse un espacio público que posea las condiciones necesarias para protegerlo, se crean también las condiciones para que el sujeto pueda revelar su identidad. Por tanto, para la filósofa «es sólo ciudad auténtica aquella donde todos los ciudadanos intervienen públicamente en su gobierno y dirección»<sup>9</sup>, donde cada uno construye ese espacio público sin en el cual el *yo* y los *otros* simplemente no podrían aparecer en el mundo. La ciudad es así el espacio al que el sujeto le debe el ser libre, como lo fue la *polis* griega para Sócrates, y por ello se siente fuertemente ligado a ella, porque sabe que en ninguna otra parte tendrán sentido su libertad y aún más su palabra<sup>10</sup>. En este sentido, la ciudad es precisamente el «lugar de la palabra» por excelencia, pues para Zambrano es el espacio de la discusión, de la libre expresión del pensamiento, de esa narración que nos permite aparecer en el mundo. La ciudad se convierte así para ella en el corazón de la vida democrática, en «el medio visible del hombre, en donde aparece su condición de ser humano»<sup>11</sup>.

Pero, como muestra la propia historia, el espacio de aparición de la ciudad parece diluirse en el horizonte. Mientras la ciudad de Dios y la ciudad ideal constituyen el origen y el fin de la historia, la ciudad real nos muestra cómo «el esfuerzo del hombre europeo ha sido la infatigable tensión de tender a un mundo, a una ciudad siempre en el horizonte, inalcanzable»<sup>12</sup>. Y esto es así porque el pensamiento moderno hace del presente algo obsoleto, al remitir el progreso prometido en su historia a un futuro que siempre está *por-venir*. La marcha de la historia siempre es hacia adelante, pues es en el futuro donde se encuentran las mejoras en las condiciones de vida de la humanidad. Pero, abocados al futuro, se cae en la cuenta de que la historia no finalizará jamás, pues como todos los horizontes, nunca pueden alcanzarse. La modernidad, para el pensador Zigmund Bauman, tiene de esta manera como destino la inconclusión de una perpetua marcha hacia delante<sup>13</sup>, sin meta visible. La memoria de lo ocurrido en nuestra historia, nos dice Zambrano, las guerras, los exilios, la supresión de derechos, la destrucción de nuestros espacios, nos muestra precisamente esta circunstancia. ¿Cuál es entonces la verdadera ciudad construida por el ser humano en la historia? La ciudad ideal, para quien la marcha y progreso de la humanidad es imparable y perfecta, escapa a la violencia y destrucción que se encuentra en *la ciudad real*. Por ello, ante las promesas de desarrollo y progreso de la ciudad ideal, es necesario observar la ciudad real<sup>14</sup> que

<sup>9</sup> ZAMBRANO, *La razón en la sombra*, op. cit., p. 56.

<sup>10</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1988, p. 112.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>12</sup> ZAMBRANO, *La agonía de Europa*, op. cit., p. 81.

<sup>13</sup> Ver BAUMAN, ZYGMUNT, *Ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Paidós, 2002.

<sup>14</sup> Cuando habla de Segovia en ZAMBRANO, «Un lugar de la palabra: Segovia», en *España sueño y verdad*, op. cit., pp. 163-182.

nos muestra que «el imposible de toda historia es haber querido la ciudad de Dios; eso ha hecho su historia tan sangrienta y sembrada de catástrofes, tan inquieta»<sup>15</sup>.

Una visión atenta a nuestra ciudad real nos muestra cómo se basa en una *razón instrumental* objetivante, totalizadora, en un *logos* capaz de dominar y controlar al mundo y a sus habitantes para buscar el fin impuesto. La destrucción de nuestros espacios es realizada así por un sujeto que en su afán de dominación es capaz de reducir a cualquier precio la distancia entre las dos ciudades: la de Dios siempre en el horizonte y la real, siempre en edificación. Se trata de la «barbarie monista, falsificada mística que suplanta a la permanente esperanza de resurrección y a la consubstancial utopía creadora»<sup>16</sup>. En este sentido, para Adorno y Horkheimer, la civilización técnica surgida del espíritu de la Ilustración y de su concepto de razón representa un dominio racional sobre el mundo, que implica un dominio irracional sobre el ser humano. Para ambos pensadores el proyecto de la razón instrumental lleva consigo la supresión de la pluralidad del mundo, con el fin de hacer manipulables los objetos y los seres que lo habitan. El peligro de esta visión es que puede justificar cualquier proyecto, aunque tenga un severo costo, pues lo contingente, bajo la lógica de la razón instrumental, se convierte en irrelevante. La lógica del dominio vale también para el ser humano que, en nombre del progreso, como mero ser contingente, puede ser nulificado, en pos de esa historia que dibuja el camino hacia la construcción de la ciudad ideal en el horizonte. Así, a la vez que la ciudad moderna es capaz de dar protección a sus habitantes, los incluye en su orden, de tal manera que son convertidos en un número manipulable y suprimible de acuerdo a las necesidades del camino que conduce hacia la ciudad ideal. María Zambrano señaló en varios lugares el rechazo que le provocaba el *logos* racional y el pensamiento sistemático propio de la filosofía moderna que construía esta clase de relación con el mundo y de construcción de nuestras ciudades. Esa clase de pensamiento elimina lo que Zambrano denomina *la piedad*, un saber tratar con lo *otro*, con lo diverso del mundo, respetándolo, protegiéndolo: elimina así la *democracia*, ese punto de origen de toda ciudad que implica la construcción de un espacio público capaz de proteger a quien lo habita, al otorgarle el espacio de su palabra, el espacio para revelar el *quién* de cada uno de sus habitantes. Porque, en un mundo que se rige bajo una razón de acuerdo a fines, los seres se convierten en meros medios que van olvidando toda convivencia; la ciudad no protege, es destruida, es inhabitable.

La ilusión de un mundo ideal perseguido por la cultura occidental oculta lo siniestro en el seno de la ciudad real cada vez más inhóspita y abandonada. Las guerras y conflictos mundiales vividos durante el pasado siglo xx, marcaron por ello un punto de no retorno destinado a perdurar: la ciudad pasó a ser blanco de esa destrucción con bombardeos a la población civil. Atacar una ciudad pasa

<sup>15</sup> ZAMBRANO, *La agonía de Europa*, op. cit., p. 83.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 84-85.

a ser el hecho político fundamental<sup>17</sup> que marca nuestra historia más reciente. «Mientras escribía estas líneas», escribe Zambrano en *Los intelectuales en el drama de España*, «han sonado las sirenas de alarma, no es afán melodramático el consignarlo, porque todo español de «este lado» las oye mientras trabaja, mientras descansa, mientras respira, sirenas bajo un cielo poblado de embute, sobre una ciudad desolada; alarma con que un pueblo en soledad llama a las conciencias dormida del mundo»<sup>18</sup>.

#### IV. LA CIUDAD EN RUINAS

*Más un día, inexorablemente, nos damos cuenta de lo que es nuestra ciudad para nosotros.  
Un día, cuando nos hemos alejado de ella o cuando por algún acontecimiento de esos que  
está sembrada la historia, la perdemos aún quedándonos en ella.*

(MARÍA ZAMBRANO, *La ciudad*.)

Desde que el ser humano se veía inmerso en los designios divinos, hasta el momento en que la conciencia revela la responsabilidad del individuo en la construcción de su historia, ha tenido lugar un largo proceso que desemboca, para Zambrano, en la destrucción de la ciudad. Este proceso comienza en lo que la filósofa llama la *autodivinización del sujeto*, en tanto que el ser humano busca apropiarse de las características de lo divino. Al declarar su independencia con respecto a los dioses, nos encontramos con un sujeto como criatura de sí mismo, capaz de constituirse como el señor de su destino. Es entonces cuando «... se verifica el más trágico acontecimiento que al hombre le haya acaecido: que es, en su soledad emancipada... soñar con dar nacimiento a un dios nacido de sí mismo»<sup>19</sup>. Es en este momento cuando el sujeto occidental, nos dice Zambrano, embriagado por su imagen endiosada, ha llegado a querer crear desde la nada, a imagen y semejanza de Dios. Pero esto no es posible, pues el ser humano se encuentra ya inmerso en medio de un mundo repleto de seres: se encuentra en un mundo creado. Ante la imposibilidad de una creación a imagen de la divina, el ser humano «se precipita en el vértigo de la destrucción; destruir y destruirse hasta la nada, hasta hundirse en la nada»<sup>20</sup>, ya que la única manera de crear, de encontrar ese espacio vacío desde el cual poder construir el mundo, la ciudad ideal, es destruir lo existente para comenzar de nuevo. Por esta razón, se produce lo que Zygmunt Bauman señala como una especie de *destrucción creativa*, en la que la condición moderna construye un nuevo mundo a la vez que procede a la demolición del antiguo régimen, basado en los dioses. El nuevo

<sup>17</sup> Precisamente, para pensadores como Paul Virilio, es en este hecho donde puede rastrearse el nacimiento de la lógica del terrorismo.

<sup>18</sup> ZAMBRANO, «Los intelectuales en el drama de España», en *Senderos: los intelectuales en el drama de España*; ÍD., *La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 59.

<sup>19</sup> ZAMBRANO, MARÍA, *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1992, p. 22.

<sup>20</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, op. cit., p. 74.

mundo, producto de la razón y de la creación humana, debe ser así capaz de traer a la tierra la ciudad ideal para cumplir en ella las promesas de desarrollo y progreso reservadas a la humanidad y construidas en la historia.

Pero, al dar este paso, se verifica una peligrosa dinámica: el sujeto que habita el mundo, asemejándose al Dios creador, diviniza la que considera su obra, aquella que le llevará a la realización de su proyecto: *la historia*. Se trata de una nueva religión sin Dios, una religión de lo humano donde «al abolirse lo divino como tal, es decir, como trascendente al hombre, él vino a ocupar su sede vacante»<sup>21</sup>. Es así que, en busca de la ciudad ideal, la relación del ser humano con la historia reproduce en la ciudad real los mismos esquemas con los que el individuo trataba con lo divino a través del *sacrificio*: «El hombre —lo humano— venía a servir de alimento a lo divino a través de la historia. Como si el antiguo sacrificio humano de ciertas religiones —tal la azteca— reapareciese bajo otra forma; la acción vendría a ser la misma: ofrecer el corazón y la sangre —metáfora usual de las pasiones— a un Dios ahora llamado la Historia»<sup>22</sup>. Vivimos en una organización del espacio que pide, en palabras de María Zambrano, el sacrificio de la persona en la historia. Un sacrificio sencillo de llevarse acabo, cuando entendemos que dicha historia ha sido construida bajo la sombra de la razón instrumental, para quien lo contingente carece de significado. Por ello, para Zambrano, en el fondo: «Toda historia está manchada por crímenes, como toda vida individual está oscurecida por errores y por faltas. Se diría que el crimen es el pecado original de la historia humana. Si vamos a la tradición bíblica comienza, ya fuera del paraíso, con la historia de Caín y Abel la primera guerra civil, y si consideramos nada más que los hechos no podemos descubrir la historia de pueblo alguno que no esté manchada de crímenes»<sup>23</sup>.

La historia nacida de la libertad, que busca la ciudad ideal, el progreso y el desarrollo humano, se constituye en sacrificio en la ciudad real. Así se crea lo que Zambrano denomina *la historia sacrificial*: la repetición de la violencia que, en nombre de la defensa de un ideal histórico, perpetúa la opresión y ataca la integridad de la vida humana en el camino de la construcción de la ciudad. El sacrificio se prepara en un mundo en donde los seres son considerados objetos, partes suprimibles de un camino hacia esa historia de progreso, en la que nada impide que el crimen se mantenga y alcance cada vez mayores dimensiones. Por ello, «... si la aniquilación del individuo para la sociedad del futuro y el Estado presente tiene lugar, por ser necesaria, sólo puede verificarse no como sacrificio, sino como simple supresión. Lo cual ha tenido lugar ciertamente», nos recuerda Zambrano. «Recuérdese las supresiones en masas habidas en los campos de concentración de nombre innecesario de recordar, por inolvidables»<sup>24</sup>.

Las ruinas de la ciudad moderna, como símbolo del orden, nos permiten observar como ésta se convierte poco a poco en el lugar en que civilización y

<sup>21</sup> ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 21.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pp. 23-24.

<sup>23</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, op. cit., p. 72.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 123. Las cursivas son mías.

barbarie se indiferencian. La ciudad se ha convertido en un espacio amenazante, pues su construcción se basa en su razón instrumental capaz de dominar y controlar el mundo y a sus habitantes, olvidando, para Zambrano, la relación originaria de cuidado y protección que debía de cimentarla. Precisamente, para la pensadora no se puede entender el absolutismo de occidente (incluyendo en él el fascismo) sin este endiosamiento del ser humano. Sólo nos queda caminar ente las ruinas de un mundo devastado, para darnos cuenta de como la cultura moderna lleva implícito un proceso de destrucción que tiene su origen en el modo de actuación de la razón que la fundamenta; una razón, que desde sus inicios, adopta una actitud violenta ante lo real. Zambrano ve en esta violencia de la razón la verdadera causa de la destrucción y el abandono que padece occidente, por ello señala como «... lo primero que percibimos en este estallido del corazón europeo es la violencia, una terrible violencia que no ha podido formarse si no viene de lejos y tal vez desde su raíz, pues ¿de donde podría llegar sin no se le llamara o no se le diera abrigo?»<sup>25</sup>.

#### V. EL ENDIOSADO Y EL PODER SOBERANO: LA *NUDA VIDA* QUE HABITA LA CIUDAD

*Al irse alejando, naufragaban en la niebla opalina torres y espadañas,  
chopos enhiestos y campo desnudo, todo desaparecería en la luz lechosa de un lento  
amanecer: moría la ciudad, se disolvía en el horizonte: por un momento todo quedó  
—el hueco de la ciudad— y el aire quieto en soledad oscura. Fue el instante en que se  
apagó la presencia real de la ciudad y aún no estaba bastante lejos para que naciese la otra,  
la ciudad real, esquema de ciudad, arquitectura de paisaje.*

(MARÍA ZAMBRANO, *La ciudad ausente*.)

La ciudad es, dentro de la modernidad, el lugar del orden racional, como el espacio construido políticamente, como lugar de derecho, símbolo de la construcción de un orden que promete crear una morada para la humanidad en la tierra. Este ordenamiento en pos de las promesas históricas que se realizará en el suelo de la ciudad, se basa en lo que el filósofo Giorgio Agamben llama la captura de la *nuda vida* en el poder soberano. Recordemos que en la sociedad secularizada surgida de la Revolución francesa, los individuos se encontraron con que sus derechos habían dejado de estar garantizados por las fuerzas sociales tradicionales. En este contexto, la proclamación de los Derechos Humanos tenía un fin específico: proteger a los individuos que, como explica Hannah Arendt, «ya no estaban afianzados en los territorios en los que habían nacido o seguros de su igualdad ante Dios como cristianos»<sup>26</sup>. De esta manera, los seres humanos entramos a formar parte de la estructura de los estados modernos como *ciudadanos*, como habitantes de la ciudad que nos otorga protección y derechos. Pero, a partir del momento en el cual el individuo gana el derecho de ciudada-

<sup>25</sup> ZAMBRANO, *La agonía de Europa*, op. cit., p. 44.

<sup>26</sup> ARENDT, HANNAH, *Los orígenes del totalitarismo*, España, Alianza, 1987, p. 422.

nía, la vida humana queda absorbida por la historia, lista para su sacrificio. Recordemos que la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* señala cómo los derechos que emanan o se atribuyen al ser humano sólo son posibles en la medida en que éste es el fundamento del *ciudadano*<sup>27</sup>, ya que en los estados modernos, el nacimiento en un determinado espacio (estado) se hace inmediatamente nación, de modo que esta situación impide que pueda existir separación alguna entre los dos momentos. Así pues, en la ciudad real, los derechos se atribuyen al ser humano sólo en la medida en que éste es ciudadano, en la medida en que se pertenece a una nación. El orden espacial inscrito por los estados modernos se caracteriza de esta manera por la captura de la vida en el orden de la ciudad. Una captura necesaria si, como hemos considerado, es necesario construir los mecanismos mediante los cuales había que hacer posible el control de la vida que permitiera esa «destrucción creativa», siempre necesaria, para instalar el orden que otorgará al ser humano las promesas de progreso y realización que espera encontrar.

La dinámica que captura la vida de las personas en el orden de la ciudad moderna tiene su base en la razón instrumental que le da origen. Esta dinámica es expresada en la obra de María Zambrano *Persona y democracia*, donde la filósofa señala cómo el sujeto moderno se convierte él mismo en un Dios que cree que puede crear como aquél. Pero, como hemos visto, el endiosado no es capaz de crear desde la nada: sólo puede destruir y destruirse hasta hundirse en ella<sup>28</sup>, produciendo miles de víctimas. Zambrano define precisamente la historia de occidente como una representación trágica conducida por un personaje que se siente elegido, el sujeto por encima de todo, como un Dios, para actuar sin dar explicaciones, declarando de esta manera su autonomía, su *soberanía* sobre sus actos, única manera de manifestar su poder de creación y de imponer la normalización que de él proviene. El poder soberano reclama así el derecho a dirigir y administrar la existencia y, de esta manera, a eliminar todo aquello que considere que escapa a sus propios fines. Es el poder soberano quien, a imagen de la autonomía del sujeto moderno, decide quién forma parte del orden de derechos que protege a la ciudad y quien debe o puede quedar excluido de él, pues sólo aquél que pertenece a la ciudad, como hemos visto, puede ser protegido. Pero aún más: para Giorgio Agamben, en tanto que el poder soberano da forma a un orden en el reclamo de su constante poder de creación, debe conservar al mismo tiempo la posibilidad de suspender dicho orden. De este modo, se procura *un espacio de excepción*. El poder del endiosado se basa así en el acto fundacional que hace del soberano, aquél *que decide sobre el estado de excepción* lo que hace que se encuentre «... al mismo tiempo, fuera y dentro del ordenamiento jurídico», es decir: «Si el soberano es, en efecto, aquél a quien el orden jurídico reconoce el poder de proclamar el estado de excepción y de suspender, de este modo, la validez del orden jurídico mismo, entonces cae, pues, fuera del

<sup>27</sup> AGAMBEN, GIORGIO, *Homo Sacer: el poder soberano y nuda vida*, Valencia, Pretextos, 1996, p. 43.

<sup>28</sup> ZAMBRANO, MARÍA, *Claros del Bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 66.

orden jurídico normalmente vigente sin dejar por ello de pertenecer a él...»<sup>29</sup>. Por ello, para Zambrano: «El endiosamiento produce necesaria, inevitablemente, crimen, porque sólo con esta total transgresión de la ley se compensa la exaltación absoluta de la persona»<sup>30</sup>.

De esta forma, lo que caracteriza al estado de excepción no es tanto la suspensión de los derechos civiles o la anulación de las garantías individuales a la que pueden ser sujetos los habitantes de la ciudad, sino esa capacidad de decisión del poder soberano sobre qué aspectos de la vida entran en el mundo del derecho y del orden, es decir, *la decisión sobre la vida misma*; decisión posible al encontrarse la *nuda vida* atrapada dentro del orden de la ciudad desde el momento de su nacimiento. Este ingreso de la vida o *nuda vida* en la esfera política para ser normativizada y controlada se convierte en el núcleo del poder soberano. De ahí que para Agamben «la nuda vida, que habita la tierra de nadie entre la casa y la ciudad, es, desde el punto de vista de la soberanía, el elemento político originario»<sup>31</sup>. Máxime cuando en nuestro tiempo este estado de excepción se convierte en una estable estructura política en la cual vive esa vida que, por diversas necesidades del poder, no puede ser inscrita en el ordenamiento de la ciudad y que por eso mismo debe ser suprimida, apartada de cualquier orden que le otorgue derechos y protección. Sin un lugar al cual pertenecer, sin ningún derecho sostenido por ninguna comunidad política, los seres humanos pueden ser fácilmente eliminados sin que a nadie le importe. Piénsese por igual en los centros de detención de inmigrantes donde las personas son retenidas sin haber cometido delito, en las cárceles ilegales fuera del orden jurídico, en los campos de refugiados que cada vez llenan más nuestro mundo, donde aquellos rostros sin estado parecen no interesar a nadie. Ante estas y otras situaciones, Agamben nos recuerda como en nuestro mundo «la *nuda vida* que allí habitaba (en el estado de excepción) queda liberada en la ciudad y pasa a ser a la vez el sujeto y el objeto del ordenamiento político y de sus conflictos»<sup>32</sup>.

Nos encontramos con que la ciudad arde en llamas, permanece en ruinas: no es capaz de ordenar las formas de vida que guarda en su interior. Se trata de la destrucción de la ciudad, de la aparición de miles de seres humanos que pueden ser eliminados e ignorados si el poder y si las necesidades del progreso así lo exigen. Y lo que más asusta es que ese soberano, ese endiosado que puede tener poder para liberar al espacio de toda vida que impida la marcha del propio poder, es la esencia de la política moderna. La ciudad también ha sido construida por ese endiosado y su lógica y, por ello, posee la ciudad a la vez tanto la posibilidad de la destrucción y la construcción, de ponerse en pie, afirma Zambrano, como la de ser consumida por las llamas. La ciudad es así vivida como una construcción capaz de negar nuestras aspiraciones y deseos. Su pérdida como lugar posible de nuestra aparición, como lugar del reconocimiento de

<sup>29</sup> AGAMBEN, *Homo Sacer*, op. cit., p. 37.

<sup>30</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, op. cit., p. 72.

<sup>31</sup> AGAMBEN, *Homo Sacer*, op. cit., p. 118.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 19.

nuestra humanidad, se traduce en un paulatino extrañamiento del individuo respecto de la comunidad, plasmando la sensación de pérdida del significado del espacio público: «Y así parece lícito preguntarse», afirma Zambrano, «si acaso no será que se haya perdido la fe en la ciudad, aunque las ciudades, los pueblos existan. Pero no como antes, es decir: que la ciudad de hoy venga a ser un resultado, un “producto” y no una creación»<sup>33</sup>. Esta pérdida, esta transformación de la ciudad como creación en un mero producto de los fines de la razón utilitaria es indicio, para Zambrano, de que algo pasa en las raíces de la cultura occidental. El desencanto de la democracia y de la fe en la vida política moderna, que se vive en el número cada vez menor de votantes, muestra cómo «es cosa en extremo grave este desvanecimiento casi completo de la creencia en la ciudad y del vivir por ella inspirado»<sup>34</sup>. Bajo esa premisa, el desencanto por la política no puede más que ser señal del terrible fracaso de las ciudades, que se transforman en lugares donde lo humano deja de existir:

«... Todo desaparecería en la luz lechosa de un lento amanecer; *moría la ciudad, se disolvía en el horizonte: por un momento todo quedó vacío —el hueco de la ciudad—, y en el aire quieto en la soledad oscura.* Fue el instante en que se apagó la presencia real de la ciudad y aún no estaba bastante lejos para que necesite la otra, la ciudad ideal, esquema de ciudad, arquitectura de paisaje. Era preciso este instante en que los ojos se quedaron sin la sensualidad de la imagen y el oído, sin el murmullo de confusión, para que el intelecto gozara plenamente con la auténtica belleza del paisaje desnudo»<sup>35</sup>.

## VI. BAJO LAS RUINAS DE LA CIUDAD

*Hay una tierra amarilla abrazada por un fuego que no es el del sol, que parece nacer de sí misma y asentada en ella, una ciudad pequeña que también tiembla.*

[MARÍA ZAMBRANO, *San Juan de la Cruz (De la «noche oscura» a la más clara mística).*]

*Pero el exiliado a fuerza de pasmos y desvalimientos, de estar a punto de desfallecer al borde del camino por el que todos pasan, vislumbrando la ciudad que busca y le mantiene fuera, fuera de la suya, la ciudad no habitada, la historia que desde el principio quedó borrada, ¿acumulada?, quizás no.*

(MARÍA ZAMBRANO, *Los bienaventurados.*)

La ciudad desaparece, el mundo ya no nos protege. La sensación de encontrarse en la noche de la historia, en medio de un camino en ruinas, es recogida por Walter Benjamín en su *Tesis sobre filosofía de la historia*. El ángel de la historia avanza, sin poder detenerse. Lo que tiene ante sus ojos es una terrible y trágica imagen de escombros, de cadáveres. No puede detenerse, porque «un

<sup>33</sup> ZAMBRANO, «La ciudad, creación histórica», en *Aurora. Papeles del seminario de María Zambrano*, op. cit., pp. 140-141.

<sup>34</sup> ZAMBRANO, «Un lugar de la palabra: Segovia», en *España sueño y verdad*, op. cit., p. 163.

<sup>35</sup> ZAMBRANO, *La razón en la sombra*, op. cit., p. 57.

huracán que viene del cielo» choca contra sus alas y le empuja: es la marcha del progreso. Esta imagen de ruinas que el ángel ve, es la misma que María Zambrano observa: un desgarramiento entre las ruinas de la ciudad en donde «todo se enmascara y se experimenta lo deshabitado que está lo que nos rodea»<sup>36</sup>.

En las ruinas de la ciudad surge un habitante: *Antígona*, la mujer sacrificada por la ley de la propia ciudad, capaz de mostrar el sacrificio que mueve la historia. María Zambrano pretende rescatar así en su obra *La tumba de Antígona* ese *logos* silenciado, para dar voz a ese sujeto que aún quiere reencontrar la ciudad. La tumba en la que la protagonista ha sido enterrada viva se transforma en símbolo del fin de la ciudad habitada, causante del exilio que vivió la propia autora. Por ello, sólo hay un lugar donde puede localizarse la tumba de Antígona: los cimientos de la ciudad<sup>37</sup>. Es en las entrañas de ese orden de violencia y destrucción donde la protagonista reconoce la ciudad real abandonada e inhabitable.

Recordemos que en la tragedia griega, Antígona intenta recuperar el cadáver de su hermano, fallecido en una guerra desarrollada en el corazón de la ciudad. Para ello, tiene que pasar sobre las leyes de la misma, por lo que será condenada a ser enterrada viva. Contrario a la tragedia clásica, donde Antígona termina con su vida, en la obra de Zambrano la protagonista se confronta con las leyes de la ciudad que la condenan, que la han convertido en una *nuda vida* lista para el sacrificio: «A Antígona, pues, le fue dado y exigido al par un tiempo entre la vida y la muerte en su tumba. Un tiempo de múltiples funciones, puesto que en él tenía ella que apurar aunque en mínima medida su vida no vivida...»<sup>38</sup>. Zambrano otorga de esta manera a la heroína griega el espacio que el propio ordenamiento de la ciudad, el propio orden moderno, le niega, para reflexionar sobre el sacrificio de la propia vida en nombre de una ley impuesta por el poder, por una historia marcada por el sacrificio. Antígona cree que la vida arriba, en la ciudad, no merece vivirse si el poder y la ley que castigan y controlan la vida de sus habitantes continúa ordenándola: «Pues no es la condena, es la ley que la engendra, lo que mi alma rechaza... Pues que si el del poder hubiera bajado aquí de otro modo, como únicamente debiera haberse atrevido a venir, con la Ley Nueva, y aquí mismo hubiese reducido a cenizas la vieja ley, entonces sí, yo habría salido con él»<sup>39</sup>. Antígona rechaza un orden capaz de eliminar y sacrificar a los seres humanos por las leyes de un orden injusto. Así, su voz se convierte en el primer testimonio de la destrucción de la ciudad real: «La vida está iluminada tan sólo por esos sueños como lámparas que alumbran desde adentro, que guían los pasos del hombre, siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en exilio todos sin darse cuenta fundando una ciudad y otra»<sup>40</sup>.

María Zambrano entiende que, mientras la lógica de la historia se mueva bajo la lógica del poder y la dominación del sujeto endiosado, esa misma lógi-

<sup>36</sup> ZAMBRANO, *La Agonía de Europa*, op. cit., p. 99.

<sup>37</sup> ZAMBRANO, «La Tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., p. 219.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 219.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 259.

ca prevalecerá en el orden de la ciudad que seguirá construyéndose sobre los cadáveres de miles de víctimas, sin que exista posibilidad alguna de justicia<sup>41</sup>. El propio exilio de la autora, visto a través de la narración de Antígona, nos muestra ese mundo en el cual la política ha desplazado a los habitantes de la ciudad. Precisamente, será esa *nuda vida* que ha sobrevivido, la del exilio, la del refugiado, la del desterrado, vida apartada del orden de la ciudad, aquélla que puede mostrarnos las debilidades de la organización instrumental al aparecer ante nuestros ojos: «Porque llevábamos algo que allí, allá donde fuera, no tenían», nos dice Antígona, «algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga»<sup>42</sup>.

Lo que únicamente posee el arrancado de raíz, lo único que conserva el que se encuentra solo con su *nuda vida*, el que ha sido despejado de todo: su humanidad, el rostro de lo humano. Ante este rostro, que no es más que el suyo propio, María Zambrano buscará el principio de una política que no se base en la lógica de un pensamiento excluyente, sino que se sostenga en ese pensamiento que abraza el sentir originario con el espacio y sus habitantes, de respeto y cuidado, que surge del verdadero significado de la ciudad como espacio de protección de lo humano. En palabras de Hannah Arendt, «el factor decisivo es que estos derechos», se refiere a los derechos humanos, «y la dignidad humana que confieren, tendrían que seguir siendo válidos aunque sólo existiera un Ser humano en la Tierra; son independientes de la pluralidad humana y han de seguir siendo válidos aunque el correspondiente ser humano sea expulsado de la comunidad humana»<sup>43</sup>.

El gran reto consiste así en devolver a la ciudad su rostro de creación, de apoyo y resguardo del ser humano. Por ello, se ha de abandonar la estructura sacrificial de la historia; esto es, se ha de abandonar la imagen de una ciudad como producto que establece lo político sobre la base de esa *nuda vida* para perpetuar el control total que la constituye. Esta acción significa, para María Zambrano, rebelarse contra toda *biopolítica*, introducir una concepción de lo político más allá del sujeto de la dominación, de la razón instrumental y de su orden «... que allí donde nos agrupemos —y no podemos vivir sin agruparnos— deje de existir un ídolo y una víctima: que la sociedad en todas sus formas pierda su condición idolátrica; que lleguemos a amar, creer y obedecer sin idolatría; que la sociedad cese de regirse por las leyes del sacrificio o, más bien, por un sacrificio sin ley»<sup>44</sup>.

La política que desee reconstruir el espacio debe buscar una sociedad no basada en el horizonte de la razón instrumental, sino en una *razón poética*, piedra angular del pensamiento zambraniano. El nuevo espacio construido no puede

<sup>41</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, op. cit., p. 42.

<sup>42</sup> ZAMBRANO, «La tumba de Antígona», en *Senderos*, op. cit., p. 259.

<sup>43</sup> ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 432.

<sup>44</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, op. cit., p. 42.

seguir fundamentado en una razón que borra rostros; sino que debe estar fundamentado en la esperanza y el amor solidario, tolerante e integrador. Por ello, en la tumba, Antígona toma conciencia de la revelación de una utópica «ciudad nueva», donde reinará la fraternidad y «todos serán hermanos»<sup>45</sup>. Esta conciencia será capaz de devolvernos la oportunidad de encontrar de nuevo el espacio de creación, de protección y cuidado que guarda en su interior la ciudad.

## VII. LA NUEVA CIUDAD

*Una verdadera ciudad es un espejo donde la historia se mira no sólo en lo que fue, sino más todavía, en lo que estuvo a punto de ser, en lo que hubiera sido.*

(MARÍA ZAMBRANO, *Un lugar de la palabra: Segovia.*)

En sus escritos, María Zambrano nos ofrece las claves de esa ciudad nueva, que no debe basarse en la captura de la *nuda vida* en las manos del poder soberano. Para esta construcción, la pensadora señalará en primer lugar como la *nuda vida* debe desaparecer como centro del orden de la ciudad para dar paso a la *persona*. Para que esta posibilidad sea real, el sujeto debe despojarse del papel que ha representado como sujeto dominante, como endiosado, para revelar a la *persona* frente al pensamiento absolutista. La persona<sup>46</sup> es para Zambrano el ser íntegro, moral, humano, libre, que se despierta con su alma y no con su conciencia racional<sup>47</sup> al mundo. La persona no es ese individuo cerrado dentro de sí que se encuentra por encima del mundo, que buscaría nulificar al *otro* en su afán de dominación y poder, sino que se reconoce en el espacio, con *otro*, dispuesto a reconocer en él su humanidad. La persona es así «algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre... mas como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita»<sup>48</sup>. De esta manera, al constituirnos en personas, se puede lograr trascender el absolutismo y el racionalismo, para dar paso a un ser humano capaz de abrirse a los demás y de aceptar lo múltiple, sin sacrificarlo, pues «... no es posible elegirse a sí mismo como persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás.

<sup>45</sup> ZAMBRANO, «La tumba de Antígona», en *Senderos*, *op. cit.*, pp. 251-252.

<sup>46</sup> En este sentido, debemos recordar el pensamiento de Gabriel Marcel en *Yo y el prójimo*, donde expone su teoría de la participación, sólo sostenible a la luz de la persona libre, con vocación de repuesta y compromiso. Para Gabriel Marcel, «... tiendo a afirmarme como persona en la medida en que, asumiendo la responsabilidad de mis actos, me comporto como un ser real... me afirmo como persona en la medida en que creo realmente en la existencia de los otros y en que esa creencia tiende a dar forma a mi conducta... persona-compromiso-comunidad-realidad, una serie de nociones que no se pueden reducir las unas de las otras, pero que captan en su unidad el acto por el cual un conjunto es mantenido bajo la morada del espíritu». MARCEL, GABRIEL, «Yo y el prójimo», en *Prolegómenos para una metafísica de la esperanza*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1954, p. 24.

<sup>47</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, *op. cit.*, p. 79.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 103.

Y los demás son todos los hombres. Con ello no se acaba el camino; más bien empieza»<sup>49</sup>.

Este nuevo comienzo pide un sistema capaz de permitir que la persona pueda aparecer en nuestras ciudades dejando atrás la *nuda vida*. Por ello, la segunda nota de esta ciudad nueva consiste en mantener en sí el espacio fundador del diálogo, de la palabra: el *ágora* es el centro neurálgico de toda ciudad. Recordemos que la verdadera ciudad como creación nace cuando el individuo adquiere conciencia de sí, pero también cuando adquiere conciencia de la *res publica*, donde se encuentra con *otro* que, como él, exige ese lugar que le permita revelar el *quién* que es. Es precisamente la *democracia* la garante de ese espacio de pensamiento que permite la revelación y multiplicidad del mundo, respetando y cuidando la diversidad que como parte integral del trazado de la ciudad no puede ni debe suprimirse, poniendo fin de esta manera a la estructura sacrificial de la historia. Por ello, en los momentos de destrucción de la ciudad, de nulificación de los seres humanos ante una maquinaria estatal que los destruye «...es más obvio que nunca que la democracia sea el único camino para que prosiga la llamada cultura de occidente»<sup>50</sup>.

Para construir el espacio democrático, se hace necesaria una política diferente, que no sea dogmática de la razón, sino que crea en la vida, tomándola en su integridad y contingencia. La democracia es así la búsqueda de la construcción de un espacio público capaz de proteger a quien lo habita, un orden que no suprima las diferencias, sino que consiga armonizarlas, dejando a cada uno su propia identidad. Este orden democrático «... se logrará tan sólo con la participación de todos en cuanto personas, lo cual corresponde a la realidad humana. Y que la igualdad de todos los hombres, «dogma» fundamental de la fe democrática, es igualdad en tanto que personas humanas, ni en cuanto a cualidades y caracteres; igualdad no es uniformidad. Es, por el contrario, el supuesto que permite aceptar las diferencias la rica complejidad humana y no sólo la del presente, sino la del porvenir. La fe en lo imprevisible»<sup>51</sup>.

Un espacio así sólo es posible si se rompen los mecanismos mediante los cuales se hace posible el control de la vida, es decir, cuando se rompe la captura de la *nuda vida* dentro de la ciudad. La ciudad nueva se construye a semejanza del rostro de la persona, donde todo absolutismo, todo totalitarismo y toda racionalidad instrumental deben ser trascendidos para dar paso a un nuevo orden que no pretenda sacrificar al sujeto en pos de un porvenir que se pierde en el horizonte. El rostro de la persona nos habla aquí y ahora, no como mera *nuda vida*, no como mera vida biológica, sino como *vida humana*. Por ello, más allá de la definición de democracia como «gobierno del pueblo», Zambrano propone un concepto distinto: *democracia es la sociedad en la cual no sólo es permiti-*

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 165.

<sup>50</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia, op. cit.*, p. 7. Agregando: «Quien esto escribe ha ido desde el comienzo de su vida, antes que de un modo consciente, a la búsqueda de una religión de régimen no sacrificial».

<sup>51</sup> ZAMBRANO, *Ibid.*, p. 164.

do, sino exigido, el ser persona<sup>52</sup>. La democracia<sup>53</sup> debe entenderse como aquel sistema político basado en el reconocimiento de la persona. Al llevar en su corazón a la persona, la democracia protege su ser, convirtiéndose en «la conciencia que tiene el Estado para detenerse frente a la integridad de la persona humana. El límite de los principios abstractos frente a la concreción real de la vida y la actuación de eso insobornable que está en el fondo de cada cual para no doblarse por completo a nada, a nada de este mundo. Por eso constituye nada menos que la posibilidad de crear»<sup>54</sup>. La persona se resiste a su sacrificio ante el Estado, pues se comprende a sí misma como valor supremo. De esta manera, el orden de la ciudad basado en la persona y no en un sujeto que se vive como endiosado, debe construir un orden armónico capaz de preservar su humanidad por encima de cualquier poder. Dicho con las palabras de Hannah Arendt: se trataría de lograr que efectivamente los derechos que emanan de la organización racional de la ciudad fueran válidos ante todo rostro humano, sin importar la captura de su vida en ningún poder, pues antes que la *nuda vida* se encuentra siempre el rostro de la persona que nos llama a la piedad, al cuidado y la protección: «El factor decisivo es que estos derechos y la dignidad humana que confieren», nos dice Arendt, «tendrían que seguir siendo válidos aunque sólo existiera un ser humano en la Tierra; son independientes de la pluralidad humana y han de seguir siendo válidos aunque el correspondiente ser humano sea expulsado de la comunidad humana»<sup>55</sup>.

Pero la democracia, después de los acontecimientos vividos, parece debilitarse. La humanidad se vio colocada en un mundo que, aunque ostente la bandera de la democracia, puede condenar al ser humano a vivir sin espacio, abandonado. El poder que construye la ciudad y la pone en pie, también la hunde en las llamas. Pero, como nos dice Zambrano, la democracia es capaz de renovarse a sí misma, es decir: de superar su propia crisis<sup>56</sup>, pues siempre es capaz de rehacerse, como toda sinfonía que en cada tiempo que se realiza no es nunca igual. El error consiste en confundir las crisis históricas ocurridas dentro de la democracia, «como fracasos definitivos, como si la crisis no fuera algo que acompaña a la condición humana. La crisis no es sino la señal, el signo de que la vida, la historia, son movimientos, proceso»<sup>57</sup>. Por ello, la llamada «crisis de las democracia» no es un fracaso: la crisis de la razón instrumental no debe convertirse en una falta de creencia en el poder de la razón para crear. Recordemos que Europa, para Zambrano, no muere, sino que agoniza con la esperanza de des-

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>53</sup> Zambrano no concebía la democracia en términos de un sistema político, sino en términos de una herencia cultural, vinculada a la antigüedad clásica y el judeo-cristianismo.

<sup>54</sup> ZAMBRANO, MARÍA, «La isla de Puerto Rico», en *La razón en la sombra*, op. cit., p. 93. Las cursivas son mías.

<sup>55</sup> ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 432.

<sup>56</sup> Texto inédito de María Zambrano en «María Zambrano: la presencia de la isla de Puerto Rico en su biografía». ABELLÁN, JOSÉ LUIS, en *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2001, p. 167.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 167.

cubrir un nuevo horizonte que le permita construirse. Un horizonte que pasa por el rostro de cada uno de los habitantes de la ciudad, pues precisamente sólo existe la ciudad cuando participan en su construcción todos sus habitantes. Sólo de esta manera la democracia podrá sobrevivir:

«No; la cuestión no es renegar de la “democracia”, sino cumplirla. En aquellas maravillosas ciudades con barrios inmundos, gentes condenadas de por vida a la humillación y al hambre; injusticia; esclavos en una u otra forma. La cuestión, el empeño es eliminar todo eso y crear centros, ciudades verdaderas. Ciudades nuevas ciertamente, donde resplandezca un orden, una armonía, en cuyas entrañas no se esconda la miseria y la humillación; donde no haya palacios en cuyas mazmorras giman los condenados bajo el rumor de la fiesta; donde no haya lugares donde bárbaramente o con procedimientos asépticos, dé la muerte y se torture. Sí, puede parecer un sueño. Pero sueños han movido en parte la humana historia. El caso es soñar bien; soñar con la conciencia despierta»<sup>58</sup>.

Con ese amanecer que ha de llegar alumbrando una nueva ciudad y un nuevo ser humano, María Zambrano, en su exilio, apartada de su ciudad, dibujó un nuevo pensamiento que buscó llevarnos al «... día venturoso en que todos los hombres hayan llegado a vivir plenamente como personas, en una sociedad que sea su receptáculo, su medio adecuado, el hombre habrá encontrado su casa, su “lugar natural” en el universo»<sup>59</sup>.

Ese día encontremos por fin la ciudad ausente de nuestra historia, aquélla que nos permita de nuevo cuidar y proteger cada rostro humano en el mundo, disponer y preservar esa libertad que brotará de su suelo sin ninguna barrera, sin ningún poder capaz de detenerla.

Universidad de Valencia  
lucalan@alumni.uv.es

ANDREA LUQUIN CALVO

[Artículo aprobado para publicación en noviembre de 2010]

<sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 168.

<sup>59</sup> ZAMBRANO, *Persona y democracia*, *op. cit.*, p. 45.